

¿QUÉ HACER FRENTE A LA INDIFERENCIA RELIGIOSA?

Un análisis de la situación religiosa en la coyuntura actual nos lo ofreció J. Martín Velasco en el magnífico artículo «Metamorfosis de lo sagrado y futuro del cristianismo», publicado en nuestra revista en el número monográfico «En el umbral del tercer milenio» (ST 150, 1999, 127-146). Respecto a la indiferencia religiosa se afirmaba allí: «En la increencia religiosa predomina esa forma de vida que resume el término indiferencia. El predominio no es sólo cuantitativo, sino también cualitativo: expresa la consonancia de la indiferencia con las formas de la sociedad postmoderna y el grado de alejamiento de la fe que supone» (pág. 132). En esta línea de análisis del fenómeno de la indiferencia, el autor del presente artículo, profesor de la Facultad de Teología de Granada, no sólo lo describe y señala los factores que intervienen en su desarrollo actual, sino apunta unas estrategias para ponerle coto forjando en los creyentes una fe crítica y madura, y haciendo que la Iglesia tome conciencia de la necesidad de anunciar el mensaje de una forma creíble. Si los datos estadísticos se refieren a la situación religiosa en España, no por esto las reflexiones dejan de ser aplicables, con sus más y sus menos, a otras sociedades del denominado Occidente cristiano.

¿Qué hacer frente a la indiferencia religiosa? Razón y Fe 237 (1998) 391-403.

El estudio *Religión y sociedad en la España de los 90* de P. González Blasco y J. González Anteó alertaba sobre la situación religiosa en España. Del 3% que se declaraban indiferentes o ateos en 1970, en una veintena de años se había pasado al 26%, de los que el 5% correspondía a los que se consideraban ateos y el 21% restante a los que se tenían como indiferentes.

En 1993 el sociólogo R. Díaz Salazar calificaba la situación religiosa de España de «transición religiosa». Para él no se trataba tanto de un declive de la religión como de una creciente escisión entre la religión y algunas dimen-

siones de la vida social y personal. La tendencia de futuro más probable sería la de un ligero aumento de los ateos convencidos y un relativo crecimiento de la *indiferencia religiosa*, ligada a la nueva generación de padres que, en gran parte, no se considerarían personas religiosas. Y la clave estaría en la evolución del gran número de los que se declaran «católicos no practicantes».

Estos datos estadísticos tienen su contrapartida en la religiosidad de los jóvenes españoles. Si en 1984 se autodefinían como *indiferentes* en materia religiosa el 19 % de los jóvenes, en 1994 esta

proporción quedaba reducida al 11% y, según otra encuesta, al 7%.

De los datos que se manejan no cabe determinar hasta qué punto la *indiferencia* en cuestión es o no radical. Entre los llamados *indiferentes* encontramos auténticos no creyentes y creyentes afectados por crisis religiosas y/o alejados de las instituciones eclesiásticas. Sin embargo, la *indiferencia* no supone de por sí el fin absoluto de toda preocupación religiosa, sino, en todo caso, el confuso resultado final de un rechazo de toda «fe» de carácter absoluto, que suele desembocar en el vacío y en la falta de compromiso.

¿Cómo describir la «indiferencia religiosa»?

No cabe definir con precisión este fenómeno. Pero sí es posible describirlo. Se trata de una tendencia compleja, caracterizada subjetivamente por la ausencia de inquietud religiosa y objetivamente por la afirmación de la irrelevancia de Dios y de la dimensión religiosa de la vida: aunque Dios existiese, no sería un valor para el *indiferente*.

El *indiferente* vive en la despreocupación frente a lo religioso. No se pronuncia ni a favor ni en contra de Dios. La problemática religiosa no le interesa. Para él, lo decisivo es la realidad inmediata: los objetivos profesionales, el éxito, el poder, el dinero, el placer, el consumo. Vive sin horizonte trascendente. Pero la *indiferencia* no constituye una ideología, sino una mentalidad: se extiende como

una atmósfera envolvente.

Aunque el *indiferente* en estado puro no existe, parece conveniente aceptar la categoría de *indiferencia religiosa* como modelo mental que ayude a reflexionar y a plantear las preguntas pertinentes.

Tipos de «indiferencia»

De un fenómeno de perfiles tan confusos no es posible establecer una clasificación estricta, pero sí señalar ciertos elementos característicos que nos permitan dibujar una tipología sobre la base de las actitudes de los indiferentes y de las motivaciones o experiencias que les han conducido a la indiferencia.

1. *Indiferencia por alejamiento progresivo*. Se trata de un progresivo distanciamiento de la fe. Poco a poco, la persona se aleja de la práctica sacramental y religiosa. Los contenidos de la fe van perdiendo vigencia personal cuando no son comprendidos, posiblemente porque han sido transmitidos de forma deficiente. No se percibe su importancia en la vida cotidiana y se van diluyendo en un sincretismo religioso que se aparta definitivamente del «universo cristiano» o se elabora una especie de «cristianismo a la carta». La indiferencia se desarrolla así silenciosamente al socaire del ambiente.

2. *Indiferencia por absorción psicológica*. Con una escasa formación religiosa, debida a una débil socialización creyente, los individuos se encuentran inermes ante tareas e intereses que psicológi-

camente les absorben y, poco a poco, anulan la opción religiosa. Se trata de un conflicto de valores que, aun sin vivirlo de forma dramática, produce un vacío religioso, pues canaliza las fuerzas hacia proyectos personales que llenan la vida cotidiana.

3. *Indiferencia religiosa por compromiso* de carácter social, político, cultural. Aunque conectada con la anterior, en ésta suele darse una actitud más consciente, una voluntad que se decide ante una falsa alternativa: o la fe o el compromiso humano. La persona ya no percibe que la fe aporte algo específico a su compromiso humano. Y dicho compromiso, descubierto al margen de la fe, llena determinados ámbitos de la existencia, y los desafíos que plantea ocupan y preocupan de tal forma al individuo que ya no hay sitio para la dimensión religiosa.

4. *Indiferencia como salida a un conflicto personal*. Si en todas las formas de increencia la biografía del individuo juega un papel decisivo, en el caso de la indiferencia los conflictos personales van minando la estructura creyente de la persona. Son conflictos que se han ido acumulando: los errores pedagógicos en la transmisión de la fe, las presiones que tienen lugar en el ámbito de la familia apelando a los dogmas y a la moral cristiana, las experiencias frustrantes con creyentes, sobre todo con gente de iglesia, etc. El cansancio, el despecho o la agresividad hacen el resto. La indiferencia religiosa es aceptada como una «tierra de nadie», donde ya no hay preguntas ni dudas ni crisis que

puedan perturbar.

Factores que desencadenan o fomentan la indiferencia

Los factores que vamos a exponer son tan complejos que no permiten establecer relaciones indiscutibles con la indiferencia. Sin embargo, es posible afirmar que el clima cultural, social, económico y político condicionan en gran medida la respuesta a la oferta religiosa. De otro modo: aunque la indiferencia religiosa constituye una actitud psicológica, no se reduce a una simple experiencia personal. Es también una situación social, una atmósfera en la que todo transcurre como si no existiera la cuestión de Dios. Indiferencia personal e indiferencia social están mutuamente imbricadas.

En la indiferencia, el sistema religioso de símbolos ha perdido su capacidad de motivación: no funciona. Se abandona por inservible. Pero esta opción va ligada a un contexto cultural que influye decisivamente sobre el sistema de valores. Señalemos algunos factores en concreto:

1. La *secularización* del mundo occidental ha sido, al parecer, un factor determinante para la aparición de la indiferencia religiosa. El proceso de secularización puede ser descrito como una emancipación por parte de la realidad terrena del control religioso y del dominio de la religión cristiana, ejercido en la antigüedad y el medioevo. Resultado de este proceso es un mundo autónomo, campo para la libre inves-

tigación, creación y planificación por parte del ser humano.

Secularismo es un concepto distinto que implica la absolutización de la secularización como cosmovisión que excluye cualquier otra interpretación. La secularización es un complejo concepto cultural e histórico. En cambio, el secularismo es una ideología excluyente y totalitaria. La secularización concede a la religión una oportunidad. El secularismo, ninguna.

De cara a la religión, la secularización implica una gran libertad individual, un ambiente de respeto y tolerancia, pero también una gran soledad, si se prescinde de un grupo religioso de referencia. Esto constituye un desafío que puede hacer madurar una opción religiosa personalizada o puede desembocar en un naufragio total de la fe aceptada por herencia social. Perdidos los apoyos sociales que sostenían tradicionalmente el universo simbólico religioso, en una sociedad secularizada pueden aparecer como irrelevantes Dios, la fe, la salvación eterna, etc. Bastarán determinados conflictos personales para hacer que una débil opción de fe se vaya diluyendo en la indiferencia religiosa.

2. El *pluralismo social* puede también facilitar la indiferencia religiosa porque, al fragmentar la realidad social, crea una enorme dispersión de intereses. La religión es desplazada hacia un espacio sectorial o incluso marginal porque, al generarse una situación de «mercado», todas las religiones e ideologías pueden ofertarse

con libertad en un clima de respeto y tolerancia. Aunque esta tolerancia no implica de por sí permisividad ni relativismo, la confusión y la duda acechan a los creyentes que no se han preocupado en formarse de acuerdo con las nuevas circunstancias. Alejados de sus «estructuras de plausibilidad» -comunidades o grupos en los que se vive experiencialmente el sentido del propio «universo simbólico»- se hace inminente la caída en un sincretismo religioso que está a un paso de la indiferencia religiosa.

3. Dificultades experimentadas en las *celebraciones litúrgicas*. Ciertamente el Vaticano II hizo un enorme esfuerzo por renovar la *liturgia*. Pero ahora nos damos cuenta de que no basta con usar las lenguas vernáculas, si en nuestro contexto cultural y social los signos y símbolos de que se echa mano en ella resultan opacos y, por consiguiente, no transmiten ya el testimonio del amor y la belleza de Dios. Al no entender lo que se dice y se realiza es normal que se abandone la práctica religiosa y se sitúe uno en el plano inclinado de la indiferencia religiosa.

4. Ligado con la liturgia, está el *problema de la comprensión del lenguaje religioso*. Durante siglos, el lenguaje de la fe ha gozado de una enorme estabilidad. Aceptado sin graves dificultades, ese lenguaje estaba profundamente unido a la vida cotidiana y a la concepción de la realidad. Ahora el cristiano vive de la misma experiencia fontal de otras generaciones, pero su horizonte de comprensión es

completamente distinto. Con ello resulta que el lenguaje religioso conserva la mayoría de las expresiones y simbolismos tradicionales, a pesar de que no logran hoy transmitir de forma adecuada la experiencia cristiana, porque no conectan con el mundo interior y con las experiencias históricas del hombre actual. Un lenguaje de fe incomprensible influye enormemente en el proceso que conduce a la indiferencia religiosa.

A esto hay que añadir el hecho de la *indiferencia cultural y psicológica* fomentado por los medios audiovisuales. El televisor y el auricular se están convirtiendo en generadores de indiferencia por saturación, por inmersión en la imagen, por desconfianza en la veracidad de la información, etc. Cuando sólo la catástrofe es capaz de conmover, todo está a punto de convertirse en insignificante. La indiferencia general va anegando, sin dramatismo, los valores religiosos.

Frente a la indiferencia: actuar de forma preventiva

No es fácil de afrontar el problema de la indiferencia. Aunque parezca mentira, resulta más fácil dialogar con el agnóstico o incluso con el ateo que con el indiferente. Perdido en una masa informe, el indiferente guarda silencio sobre la fe y frente a la fe. ¿Existe algún ámbito en el que sea posible romper ese silencio?

1. *Educación en los valores.* Frente a la indiferencia hay que partir de una educación en los valores. En un primer momento, se trata de

sensibilizar en los valores más decisivos: la pregunta por el sentido, la belleza, el amor, la violencia, el anhelo infinito del ser humano, presente en todas sus experiencias significativas... Así comenzaría el indiferente a vislumbrar la necesidad de un fundamento, de una «fe» como decisión vital, imprescindible para vivir con sentido. Es una especie de «propedéutica humana» que pretende abrir los ojos a la realidad religiosa a través de experiencias humanas significativas. El indiferente ha de ser enfrentado con el hecho de que no hay cultura sin valores y de que en la historia multitud de seres humanos han vivido, han sufrido, han muerto por valores que trascienden el propio egoísmo.

Esta tarea supone ayudar al indiferente en un esfuerzo de «personalización», de fortalecimiento del propio yo frente al ambiente que banaliza la vida y los valores. Pero ahí reside la dificultad. ¿Existen todavía en la persona resortes que puedan ser activados? ¿Podrá el indiferente enfrentarse a la fragilidad de sus motivaciones, al vacío interior, en medio de los estímulos externos que lo arrastran?

Corresponde a la familia un papel determinante en esta educación en los valores que lleve a descubrir el sentido de la dimensión religiosa como parte integrante de la persona. Pero esa educación debe realizarse en un ambiente de libertad que tenga en cuenta las condiciones concretas del sujeto. Sin imposiciones, hay que motivar adecuadamente a la

persona para que descubra y acepte los valores humanos y religiosos como algo decisivo para ella y no meramente como una tradición familiar.

2. *Reactivar la actitud crítica.* En la génesis de la indiferencia religiosa juegan un papel muy significativo el ambiente social y la sensibilidad cultural. La atmósfera que se respira en la sociedad puede inclinar al individuo en una determinada dirección, cuando otros factores -personales, familiares, educativos- van socavando la base de la experiencia cristiana. Por esto parece imprescindible una concienciación crítica frente a la avalancha de informaciones, corrientes, modelos de identificación, que banalizan la existencia reorientándola por caminos no humanizantes.

Se impone una desmitificación de falsos ídolos. Hay que ayudar a enfrentarse con la realidad social y cultural con ojos críticos desenmascarando las falsas expectativas. La carencia de un Absoluto religioso y la necesidad de sentirse anclado en un fundamento sólido empuja, sobre todo a los jóvenes, a crearse una estructura interior de sentido, articulando mitos como el poder absoluto de la ciencia y de la técnica, el hedonismo o la capacidad liberadora del dinero. La indiferencia religiosa puede desembocar en una indiferencia inhumana, cuando no se es capaz de romper el cerco del propio egoísmo y uno se hace insensible a los urgentes problemas del hambre, las injusticias, la violencia o el medio ambiente.

3. *Anunciar con credibilidad el núcleo de la fe.* No debemos presentar las verdades cristianas como perlas de un collar que pueden ser engarzadas indistintamente. La Revelación tiene como un centro focal que ilumina todas las verdades de la fe.

Justamente porque la fe posee un núcleo central, el Vaticano II habla de jerarquía de verdades. No se trata de reducir el número de verdades, sino de interpretar cada verdad en relación con el conjunto y con el centro trinitario y cristológico de la fe. La conciencia de esa jerarquía de verdades nos ha de llevar a mantener la fe en su integridad con un sentido profundo de la importancia de los diversos contenidos en relación con el centro de la fe.

Esto nos permite plantear una terapia de choque, una táctica pastoral que, teniendo presente la integridad de la fe, la esponga de acuerdo con la situación histórica y humana concreta. A un ser humano alienado en la indiferencia hay que ponerlo en contacto con el núcleo de la fe: con la experiencia única de la salvación de Dios manifestada definitivamente en Jesucristo por la fuerza del Espíritu, con el Evangelio, leyéndolo conjuntamente y traducéndolo en categorías actuales. Hay que despertar su sensibilidad al amor de Dios en Jesucristo y a los valores de la fraternidad. Hay que abrirle a la comprensión de que ese amor de Dios se nos muestra en rostros humanos y que los creyentes en Jesús, reunidos en comunidad -Iglesia- deseamos dar testimonio de ese amor

en nuestras vidas. La Iglesia ha de dar ese testimonio con credibilidad y para esto ella misma ha de ser continuamente autoevangelizada. Sólo entonces ofrecerá un testimonio transparente del amor de Dios manifestado en Jesucristo.

Es imprescindible forjar un lenguaje apropiado para comunicar hoy la experiencia cristiana sin caer en ninguno de los dos extremos: mutilar el mensaje para adaptarlo a la mentalidad actual; expresarlo de una forma incomprensible para el hombre

de hoy. No olvidemos que un mensaje no comprendido produce indiferencia. Los términos teológicos «de siempre» pueden ser un obstáculo insuperable para el anuncio de la fe. Por tanto, dentro de la ingente tarea de traducir -fiel y creativamente- los contenidos de la fe en la coyuntura actual, debemos ir elaborando un lenguaje que sea capaz de comunicar la experiencia cristiana de forma que, entre los indiferentes, puedan sonar de nuevo palabras de vida y de salvación.

Condensó: JORDI CASTILLERO

Al desear que (la teología) se mostrase atenta a la vida eclesial, no se la hacía inútil, más bien al contrario, era más activa, más crítica, más inspiradora. La intuición afectaría al mismo método: en lugar de ser deductivo, dirigido hacia las conclusiones abstractas -cuyas aplicaciones tenían que encontrar los pobres pastores-, el método se hizo inductivo.

El análisis llevado a cabo con mirada afectuosa, considera los comportamientos, las aspiraciones, las angustias de los hombres, individuos y grupos, para discernir en ellos los posibles impactos de la Palabra de Dios.

Así procedió la constitución «Gaudium et spes», elaborada a partir de una introducción a manera de análisis sociológico de la mutación radical y rápida de la humanidad. A partir de aquel momento, ya no se trata de una «doctrina social» enseñada desde arriba por un magisterio llamado ordinario, sino de un paciente palpar las coyunturas en las que el mensaje evangélico actuará de fermento.

Por tanto, el Vaticano II obligó a la teología a insertarse en algo nuevo que se tenía que construir. Novedad que no era primeramente la novedad de un texto, sino de una acción. Fue el «hecho» conciliar, hecho en el que muchos no estaban dispuestos a creer, hasta que el día de la inauguración (11 de octubre de 1962) tuvieron que rendirse a la evidencia. Algo empezaba. Aquel hecho tenía un valor eclesial: era la Iglesia, en su dimensión episcopal, la que quedaba convocada.

EVANGELISTA VILANOVA, *La beatificación de Juan XXIII*, La Vanguardia 3.09.200 Revista 4.